

Cristo nos está viendo con los mismos ojos con los que contemplaba a su Santísima Madre, nos está escuchando con los mismos oídos con los que oía las plegarias de los ciegos, los lisiados y los leprosos. Cristo nos está amando con el mismo corazón con que ama al Padre y al Espíritu Santo. Sí, Dios vive entre nosotros. Dios nos ama. «Dios me ama, esa es la única verdad» (Beata Isabel de la Santísima Trinidad).

Amemos nosotros a Dios como lo amaron los santos. Como las monjas mínimas de este santo monasterio que fueron martirizadas por su amor a Cristo, por su fe heroica. Imitémoslas intrépidamente, porque quien teme a los enemigos de Cristo no tiene la fe verdadera. Juan XXIII lo decía con estas palabras: «El miedo no existe, lo que hay es falta de fe en Dios». Y San Ezequiel Moreno afirmaba rotundamente: «Este es el sello de la verdadera fe, la persecución. No seremos dignos del nombre de católicos si, como Jesucristo, no somos blanco de odio y persecución por parte de los malos».

Que los bienaventurados del cielo, cuya fiesta hoy celebramos, nos alcancen del Dios Altísimo la gracia de la santa intransigencia en la fe de nuestro padres y la valentía heroica de los mártires de nuestra última Cruzada.

HOMILIA DEL P. JOSE MARIA ALBA, S. J.

Es tradición inmemorial visitar los cristianos el día de Todos los Santos los cementerios, para orar por nuestros difuntos y avivar su recuerdo entre los que aún peregrinamos.

En este día de Todos los Santos, es conmovedor para todos los «Amigos de la Ciudad Católica», releer el artículo-memorial del último número de VERBO, que ha escrito Francisco-José Fernández de la Cigofia, «Mis amigos muertos», en el que con noble emoción repasa sus recuerdos de amistad y de veneración agradecida hacia tantas figuras próceras por su talento, patriotismo y virtudes, que sintieron hondamente la Ciudad Católica, se identificaron con sus ideales y, en último término, fueron «amigos de la Ciudad Católica».

Hoy, que es tan rara la flor de la gratitud, y el desagradecimiento se ha hecho connatural, incluso entre personas que se profesan religiosas, conforta que hombres como Fernández de la Cigofia, de la «Ciudad Católica», quieran fundar su vida intelectual como miembros de la «Ciudad Católica», en la gratitud y en el reconocimiento. Dios le bendecirá, como ya bendice a la «Ciudad Católica» y a todas sus empresas por la extensión del Reino de Dios, porque quiere ser «Ciudad Católica» y también «Compañía y Ciudad de la Caridad».

La solemnidad de hoy es la gran fiesta de la Iglesia. Es la gloria esplendorosa de la Iglesia. Ella celebra el triunfo de su hijos en la gloria. La que llamamos Iglesia Triunfante, es la que tiene ya en el cielo a sus hijos en número sin número. Tantísimos cristianos justos, formando sociedad con todos los ángeles buenos. Esa muchedumbre grande que nadie podía contar, aclama a Dios y le da gracias por el misterio de la Iglesia que ya se ha desvelado para todos los bienaventurados en la plenitud de los predestinados. Si los ángeles se diversifican en tantas jerarquías, categorías y ministerios, los hombres se señalan por toda tribu, lengua, pueblo, nación, edad, sexo, condición, en tan distintos grados de gloria, santificados por tan distintos caminos.

Nunca amaremos bastante a nuestra Madre la Santa Iglesia Católica que ha conducido hasta la gloria a tantos bienaventurados: todos santos, todos partícipes de la posesión de Dios, todos amigos, mutuamente carísimos, todos dichosos de la dicha de los demás.

Cada uno de nosotros puede ser, en día no lejano, de esos bienaventurados. Los varones con la fortaleza de la fe, las mujeres con su entrega, su modestia y piedad, los jóvenes con su obediencia y trabajo en formarse bien, todos unidos para que el Señor reine, para que gobierne e impere y sea reconocido por Rey de la sociedad. Dichoso el día aquel en que España sea toda de nuestro Señor Jesucristo. Él nos prometió que así sería un día. Trabajemos sin desánimo por ese ideal, como hace la «Ciudad Católica». Seamos hombres amigos de la «Ciudad Católica», hombres de caridad en nuestras vidas, hombres de esperanza. Con esta ilusión, con este esfuerzo en santificarnos, podemos esperar firmemente ser uno de los santos que hoy celebra la Iglesia, por la gracia de Dios, los méritos de Jesucristo y nuestra correspondencia a la gracia con el ejercicio de la caridad con Dios y con el prójimo. Así sea.